

ERAMOS COMO DINOSAURIOS

Marianne Enckell (*)

Artigo reproduzido da Revista COMUNIDAD
Nº 65 – Estocolmo – Montevideo – Ago/Set-88

AQUELLA NOCHE mientras preparábamos la comida, ya hace diez años, Ana me inquirió:

– Cuéntame sobre Mayo del 68, yo apenas estaba en la escuela primaria.

– Sabes: éramos como dinosaurios. Los últimos sobrevivientes del viejo mundo: habíamos alterado los comportamientos y olvidado cosas esenciales. No fue sino mucho después cuando yo leí ese grito de algunas mujeres parisinas: “¡Hace quince días que hay revolución y todavía no se ha hablado de las mujeres!”.

Esto era antes Ana, tú no conociste el tiempo en que las estudiantes no podían usar pantalones, en que se cuchicheaba el nombre de las píldoras y el de los farmacéuticos comprensivos. Lo que parecía increíblemente nuevo y atrevido hace veinte años, parece hoy muy inocente.

Para los anarquistas, no era tan nuevo ni tan atrevido, era el sueño hecho realidad. ¡Qué impresión de libertad y de creatividad, qué linda manera de poner en crisis la autoridad en todas sus formas! ¡Qué capacidad de autonomía, de autoorganización!

★ *Marianne Enckell es suiza, con un origen y una vocación cosmopolita. Entre otras cosas es parte de la redacción de la revista Volontà (Milán), redactora de la editorial Noire de Suiza y trabaja en el Centre International de Recherche sur l'Anarchisme (CIRA) en Ginebra. El presente artículo es su ponencia al encuentro "Anarchica" que tuvo lugar en Lyon en octubre de 1987.*

Claude Lefort, analizando en junio el movimiento aún caliente, le dió una dimensión histórica escribiendo en pasado. "Ellos se divertieron, fuera de las organizaciones donde uno se aburre, pero la partida ya era política. Nada de programas, de perspectiva, de objetivo, en el sentido en que se entienden estos términos en un partido, sino la idea de que, por la acción directa, por la provocación (...) era posible forzar un pasaje o aflojar un tornillo, (...) o abrir una brecha (...) Ellos ponían la institución fuera de funcionamiento, la autoridad fuera de ejercicio, ellos se instalaban en la ilegalidad, a sabiendas de todos, contando con el apoyo de las masas para poner en jaque la represión en modo tal que la ley misma se volvía dudosa" 1.

Porque cada uno era fuerte y autónomo, y todos sentían que había que hacer las cosas juntos, que aquello marchaba sin jefes y sin doctrina. Terminados los discursos sobre la clase revolucionaria, sobre el poder por tomar, sobre las etapas necesarias. Terminados los llamamientos a las masas: nosotros que nos habíamos creído la vanguardia, estábamos avergonzados de ver cuántas muchedumbres iban más lejos, más rápido. Terminados los simulacros de democracia: Daniel Cohn-Bendit – citado por Lefort² – decía: yo no soy delegado de nadie, yo no hablo en nombre de un movimiento, lo que yo afirmo creo que es lo que piensa la masa del movimiento.

(Una vez más los marxistas no habían entendido nada, enseguida volvieron a formar grupúsculos los cuales bautizaban organizaciones, arrastraban las fábricas, decidían las prioridades históricas, contaban los votos...)

El movimiento ya se había reducido mucho a siglas y había vuelto al lenguaje fósil cuando luchas calificadas como "periféricas" aparecieron a la luz del día: las mujeres, los homosexuales, las comunidades.

Algunos y algunas en efecto seguían creyendo en lo que se decía, en lo que se vivía en mayo del 68: el "todo es posible", el "todo inmediatamente", el movimiento sin programas ni estatutos, la confianza en la creatividad de cada uno.

Habíamos oído también lo que decían las mujeres americanas, como los estudiantes de Europa habían oído a sus camaradas de Berkeley y de Berlín. También habíamos oído a las mujeres del tercer y del cuarto mundo, las argelinas obligadas a ponerse de nuevo el velo una vez conseguida la liberación nacional, la clitoritomia, la violación doméstica... y fue entonces cuando aquello comenzó.

Sin duda el Movimiento de las mujeres en sus inicios sostenía una especie de doble discurso, desdoblando los valores: por un lado la explo-

tación de las mujeres proletarias, y por otro la opresión de todas, con nuestros problemas, nuestros deseos de mujeres de treinta años.

Había principalmente imaginación en la acción inmediata, risa hasta la grosería (a cada uno su turno), nuevo colorido en la militancia gris. La burla alcanzaba en especial a aquellos de nuestro sector: en la manifestación del 1º de mayo invocábamos el “materialismo histórico”, y fue contra las feministas oficiales que se hizo la película “Miso y Mao” (*Misogyna + Masochiste*).

Había en el núcleo de todo el movimiento oposición a la jerarquía y a la dominación: ya que el concepto de opresión era más concreto que el de explotación y constatábamos fácilmente la cadena del patrón que explota a su obrero, el cual agrede a su mujer, y pega a sus niños. Hubo durante un buen tiempo una viva oposición a la política: partidos y sindicatos de porquería, no solo porque no nos escuchaban sino porque eran organizaciones separadas donde la vida no tenía ningún lugar.

La noción de movimiento de las mujeres era nuestro orgullo.

“El movimiento de las mujeres nació sin tener programa y frente al poco entusiasmo con que se nos recibía, la afirmación de nuestra realidad ha tenido siempre tanta importancia como nuestros motivos de lucha”, escribe Geneviève Fraisse³.

No luchábamos por los demás ni para construir las condiciones objetivas necesarias a la edificación de una organización: nosotras vivíamos la revuelta y la creación, íbamos a las calles más por hacernos ver que para reivindicar. “Decir movimiento y no organización implica necesariamente, donde quiera que se esté en el movimiento, un reconocimiento en grados diferentes, de una libertad de estructuras. No se adhiere a un movimiento como a un partido, y continúo creyendo que una mujer que se rebele, aquí o en otro lugar, se reencuentra feminista, y que ser feminista es participar en el movimiento de las mujeres. Para ello basta con no dejarse penetrar por las imágenes de los medios masivos de comunicación”.⁴

EL AMOR A LA LIBERTAD

En esta revuelta, en la afirmación de nosotras como mujeres, en la abundancia creativa que se produjo durante los primeros años del movimiento, la libertad del amor tomaba evidentemente un gran lugar, corolario necesario de nuestro amor por la libertad. Una mujer libre – nuestras mamás nos habían puesto en guardia contra lo que eso significaba como amenaza – ¿cómo se comporta?

Nosotros sabíamos bien que no estábamos emancipadas, que había

un largo camino por recorrer, quizás tanto más cuanto que conocíamos la píldora milagro, cuanto nuestros amiguitos nos tenían por más libres que liberadas, cuanto Marcuse, Reich, Cooper y Laing nos habían hecho ver los bloqueos, las corazas con las cuales no hay liberación posible.

Pero no era suficiente que en las ciudades universitarias los pisos de los muchachos y los de las chicas no estuvieran separados. Nosotras habíamos intentado de buena gana y abrir nuestras camas, ligar y jugar el juego, pero nos encontrábamos un poco confundidas, un poco solas.

He aquí que podíamos hablar de ello, y que ya no éramos las únicas, no éramos ya anormales, deficientes, frías. “Mal jodidas, sí, pero ¿por quién?”, nos atrávamos a decirnos.

La liberación de los deseos, había sido desde hacía un tiempo la liberación de los deseos de los hombres, puesto que nosotras ya no corríamos el riesgo de quedar embarazadas – me dices. Una vez más era nuestra culpa, era todo lo que tenías que saber. La liberación de los deseos para los homosexuales, hombres y mujeres, pasó por la afirmación, incluso por el totalitarismo: las mujeres más liberadas, más adictas al movimiento, no podían ser sino las lesbianas. El movimiento por momentos no escapó a las conductas dominantes: la homosexualidad, los vestidos hindúes, la ternura manifiesta excluyendo a algunas; pero era para encontrar muy pronto la diversidad – que no fue sino que una tenía senos y el otro no.

Los hombres tuvieron que abrir bien los ojos. Superando sus temores (“pero, ¿qué es lo que ellas pueden decir de nosotros?”) ellos dieron pequeños pasos, se atrevieron a ocuparse de los niños, dejaron de sonrojarse cuando hablábamos de nuestras menstruaciones y de nuestro placer, comenzaron a aceptar nuestro “juntos somos fuertes”, “**paura non abiamo**”.

¿Y la revolución social? Se hace con los cuerpos, las tetas y los culos, con los adoquines y las fregonas, en la calle y en las alcobas, con personas autónomas.

Es quizás esto lo que ha sido más difícil, para los unos como para las otras. En el movimiento y sus alrededores, la política muy pronto ha vuelto a toda marcha.

POLÍTICA Y ORGANIZACIÓN

En su texto sobre el anarquismo, presentado en el coloquio de 1984 en Venecia, Rudoli de Jong habla con toda razón de los “comienzos espléndidos de las revoluciones”,⁵ cuando todo es posible, nadie es excluido, el poder es transparente, las iniciativas encuentran el favor de todos. Es después cuando eso se echa a perder, que el futuro desafina.

“El movimiento de las mujeres, son mujeres en movimiento, se dice; ¿pero cómo funciona eso?

El rechazo de las estructuras, es también dejarse tomar entre la inventiva de los colores (como imagen literaria: el color de los slogans y la vida de las manifestaciones) y la eventualidad del terrorismo (circuitos de decisión ocultos por no tener garantía institucional, las Asambleas generales siempre han encubierto mal las redes de influencia). La libertad de las estructuras supone un cierto desorden pero no aniquila la política clásica que nos llama al orden o nos acecha en nuestro desorden mismo: la invención se vuelve tradición e inversamente”.⁶

Muchas mujeres activas nunca habían manifestado antes ni formado parte de un grupo, no tenían historia militante. El movimiento reinventó la espontaneidad; la asamblea general era convocada de una vez para la próxima por aquellas que lo querían, presidida de la misma manera; el orden del día se llenaba de vez en vez, los grupos se creaban y se disolvían, más o menos abiertos. “¿Pero quién decide entre ustedes?” preguntaba la juez de instrucción que nos había inculcado por haber ocupado unos locales: todos, señora, y nadie.

O casi. Yo he tomado seguramente gran número de decisiones y me he opuesto a otros tantos. La organización sin duda es necesaria en vísperas de la revolución, en vísperas del gran desbarajuste. Antes de esto es a menudo, una cuestión que se plantea cuando no se tiene nada más que hacer, para disfrazar una actividad masturbatoria, y generalmente no se sale de viejos esquemas aislados. En período prerevolucionario, ¿qué es organizarse sino afirmar cada vez más la propia libertad, la propia crítica, la propia autonomía? Cuando no hay obediencia, no puede haber ni patronos ni patronas. Cuando el movimiento encuentra su objetivo en sí mismo, no hay poder que tomar.

Si se lo hubiéramos preguntado, la mayoría de las mujeres del movimiento habrían estado de acuerdo con la definición que sigue, aproximadamente: “Una organización revolucionaria rechaza toda reproducción en ella de las condiciones jerárquicas del mundo dominante. El único límite de la participación en su democracia total es el reconocimiento y la autoapropiación por todos sus miembros de la coherencia de su crítica; esta coherencia debe estar en la teoría crítica propiamente dicha, y en la relación entre esta teoría y la actividad práctica (...)

La categoría de la totalidad siendo el juicio último de la organización revolucionaria moderna, es finalmente una crítica de la política. Debe apuntar explícitamente, en su victoria, a su propio fin como organización separada”.⁷

Pero la política, decía, ha vuelto a toda marcha, bajo dos formas:

En primer lugar, cuando se hablaba de las "otras" mujeres, las explotadas, las madres de familias numerosas, las que venían de lejos porque el perejil no las había ayudado a abortar.

Era necesario encontrar mediaciones para reivindicar guarderías, policlínicas, seguros, la despenalización del aborto. En algunos casos las mujeres del movimiento han creado guarderías, atención médica, seguros, pero tarde o temprano han reclamado la ayuda del Estado, su reconocimiento como institución (es en esta línea como se inscribe la aberración del discurso sobre el salario doméstico).

La otra forma ha sido más insidiosa porque ha ocurrido dentro del movimiento, Los grupúsculos que entonces todavía eran florecientes, habían intentado al principio patrocinarnos; volvieron a la carga cuando encontraron una nueva explicación de la relación entre masas y vanguardia, cuando se dieron cuenta que sin nosotras sus tropas se debilitaban. "Útiles a la sombra de las luchas, nos encontrábamos en el corazón del combate".⁸ Frente a esto, algunas expresaron el deseo de ver al movimiento mismo tomar forma política.

En Ginebra habíamos ocupado unos locales para obtener una forma de reconocimiento oficial; luego de tres meses los bulldozers del poder vinieron a demolérsenos. "El Poder puede cantar victoria, por desgracia: no tanto por haber conseguido "evacuar los lugares" (pobre victoria) como por haber sabido anestesiar nuestra fuerza creadora, nuestra unidad, nuestra alegría (...) El movimiento está dándose una existencia mágica: pintando su nombre sobre las paredes, como si, en vez de dar miedo, eso no diera más que motivos de queja a las fuerzas de represión; dejándose caer en la trampa del Comité de Apoyo, como si tuviéramos necesidad de declaraciones de intención a nuestro favor de las organizaciones - partidos, sindicatos, grupúsculos (...) El movimiento de las mujeres, si ha actuado como revelador, fue por haber sido una ola de fondo, un tormento de las vísceras.

Un cuestionamiento fundamental - ¿cuántas veces lo hemos dicho? - de la relación entre hombres y mujeres, entre lo privado y lo político. ¿Y nosotras querríamos ahora un apoyo político en el sentido más trivial? Es demostración de mucha liviandad".⁹

¿POVENIR QUE CANTA O QUE DESENCANTA?

Este retorno a la política no se debía (o no solamente) a la "tiranía de la ausencia de estructuras", como lo había hecho creer un folleto americano muy difundido en aquellos años. La política está en nuestras cabezas. El Estado-papá-mamá nos acecha, es de esto que hay que liberarse: si

bien el movimiento de las mujeres lo ha comprendido, no ha sabido mantener el rumbo hasta el final.

Ha tenido sin duda efectos profundos sobre las mentalidades y los comportamientos. Ha permitido que se hablara en voz alta de cuestiones telúricas como las relaciones entre hombres y mujeres, y de cuestiones triviales como nuestros culos, nuestras menstruaciones, los culos de nuestros muchachos.

Pero también se ha dado un rebote: hoy decir "no soy feminista" significa no soy lesbiana, ni "sabionda", ni andrógino; y más: como decir "no soy anarquista" implica no solo "no tiro bombas" sino principalmente "tengo miedo de ir hasta el fondo, no oso imaginar como sería sin gobierno, sin leyes, sin policías, sin dinero..."

Cierto que el movimiento de las mujeres toma forma con esencias diferentes. La vida continúa.

Pero la decrepitud temporal aumenta sin cesar: el ejemplo del movimiento ecologista, desde los diputados verdes a la "ecología profunda" y a la Nueva Era, tiene muchas analogías. Mientras subsista el amor por la libertad, a mi parecer, esta decrepitud no amenaza. Era una hermosa historia, Ana, y contarla me pone nostálgica; y al mismo tiempo me convence de que las formas pueden cambiar, pero el sentido continúa.

"Después las mujeres entraron bajo la tierra y no se sabe más nada de ellas, sino que se establecieron definitivamente en el gran País de las Mujeres, situado muy lejos hacia el este". (leyenda Arunta).